

Sorpresas de Patio Adentro

Por Luis Vargas Saavedra

(Magdalena Peraza y otros cuentos, Alfredo Bryce Echenique. Písa & Junes Editores, S.A.)

"ANOREXIA y tjerita". "En ausencia de los dioses" y "Una carta a María Roua", los tres primeros cuentos del conjunto, me parecen innecesariamente dilatados. El primero —digno de ser reescrito por Manuel Puig— es un melodrama desaprovechado: tarda excesivamente en monólogos cambiantes y acumula preparativos para un desenlace previsible. El segundo y el tercer cuento, como desorientan con su vagabondeo, piden una relectura mártir. Podría ahuyentarnos del resto del libro este gravoso trío inicial; allí están las taras verbales de un escritor cuya dolencia es la palabrería. Recurda el monólogo de Cortázar, sin su eficacia. Peligrosa admiración, le fomenta una prosa de estanque tuesto que en vez de dar un cierto aluvión, derrama ciénagas.

Allí pululan personajes blasfemos, es decir choreados, víctimas de un neopneumonitis, ricos por lo tanto, viajeros y viajados, cultos y sin embargo aburridos de sí mismos, de los demás, y del entorno. Alfredo Bryce Echenique, como Carlos Fuentes, capta poderosamente la abulia de una clase egoísta; ambos ejercen el moralismo artístico

de no predicar en contra, sino de exhibir en serio, para que, deduciendo primero, reaccionemos después. A Bryce nunca falla en este afán satírico de mostrarnos lo delectable: cuento a cuento la galería se prolonga en variaciones de los mismos tipos, desde el viejo docto, al hijo en jet; aunque cambie el escenario —Lima o París— la depresión, el vacío, la necesidad de lirismo, se remachan sobre una sola angustia.

Podría ser noble el motivo que desarrolla las diferentes tramas: la honrada espiritual que le da vergüenza al frívolo. Pero su desarrollo es embrollo porque la forma narrativa y la decoración culta exigen entender las alusiones a obras, criaturas y lugares archiconocidos para el narrador, pero archiconocidos para el lector... quien debe avanzar como Teseo, reteniendo el rumbo.

Lectura difícil en época reacia a cualquier lectura. Tremendo riesgo de comenzar mal una suite de cuentos. Temor de cumplir con un experimento y de no ver una visión. Ejemplo, por lo tanto, de obra cuya fachada y rugosidad nos ocultan bruscamente sorpresas de patio adentro. Tal como en Maraketh o en el barrio Catedral abajo, lo de afuera es garantía de un incalculable interior.

A riesgo de terminar el libro tal como lo empezara —con un malogrado Bryce— vulgariza en torno a un personaje que no es vulgar, que hasta podría

ser dramático; pero que resulta sacrificado en aras de ese ingeniosismo (Patricio limeño) Eduardo Rosell de Albornoz, un patético tonto que le impone a su familia un exilio absurdo; todo por culpa de un pecado de lesa majestad, o de imbecil protocolo. Lamentablemente este personaje queda sepulto en la verbosidad con que el narrador monologa hacia nosotros; es decir, el cuento no escoge cuál es, de los dos, el personaje. Al pretérito le inflige el actual. Pudiera haber elaborado un contrapunto de personalidades. También faltó querer más al victimizando. Tanto socna acaba por volver antipático al narrador, y agradable al ridículo Don Eduardo. De modo que a pesar del narrador, el personaje se hace ver y oír.

La siguiente parrufada, pastiche criollo de una frase de Proust, es un ejemplo de Bryce Echenique aventurándose en el mal gusto. "Y sólo Dios sabe que, habiendo leído atentamente a Marcel Proust, el delicado escritor francés perfecto y sílfate que introdujo una Magdalena en su infusión casimira, la sacó, la olió, y recuperó íntegro lo que el viento se llevó y demás truenos de óvulos impersonables en la maravilla empapada y aromática de su hincocito íntimo, don Eduardo comía antiochitos y ceviche y ají de gallina y de postre picarones y suspiros a la limeña, cada jueves, a pesar de su edad, a pesar de sus hijas, y a pesar de

todo, con la esperanza de algo nuevo, en busca del tiempo o del viento perdido, más bien, en su caso, con el más tierno deseo de un tiempo recuperado como único medio de volver a encontrarse con su viejo amigo don Felipe Abamora en el ventanillo aquel de aroma denso e intenso que ni las resas de su jardín podrían darle jamás. Hasta que lo encontró y, en agradecimiento a Proust por la genial idea que le había dado, le llamó Magdalena peruana a ese último pederasta, ya que por su edad, por el atracón que se había pegado, y porque se estaba muriendo, Dios le pagó con creces y hasta con hijos".

Tal vez sin querer, el fantasma de la simetría ronda el libro: tres malos cuentos al comienzo, tres buenos cuentos al medio y otra vez un trío de cuentos finales que hacen eco a los del comienzo. "El Papa Guido Sin Número", "Apples", y "El Breve Retorno de Florence, este Ousado", son tres lingotes de oro en medio de los escombros. Ahí hay sorpresa, suspense y sobre todo, economía de medios. Cuando Alfredo Bryce se agolpa y no deja que las palabras atraigan más palabras y que la frase se le vaya volviendo un enjambre de columbours y alardes, entonces su puntería atraviesa, ya no una jungla, sino que, a lo más, un matorral. Así, ninguno de esos tres cuentos se espesa con una recargazón.

@museo - Sfp. 10. V. 1987. A. E3

Sorpresas de patio adentro [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sorpresas de patio adentro [artículo] Luis Vargas Saavedra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile